

PERIFERIAS EN LOS *COMENTARIOS REALES* DEL INCA
GARCILASO: EL ESCENARIO CHILENO¹

*PERIPHERIES IN INCA GARCILASO'S COMENTARIOS REALES:
THE CHILEAN SCENARIO*

Marta Ortiz Canseco
Universidad Internacional de La Rioja
creusa3@yahoo.es

RESUMEN

Este texto busca mostrar una evolución sobre la idea de Chile en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. Se suele considerar la tierra chilena como una región periférica que cumple la función de escenario bélico, con habitantes salvajes contrapuestos a los civilizados incas. Sin embargo, en la línea que va desde la muerte de Pedro de Valdivia, narrada en la primera parte de los *Comentarios*, hasta la descripción de la muerte de Martín García de Loyola, en la segunda parte, encontramos una clara evolución en el pensamiento y actitud del Inca Garcilaso con respecto a los habitantes del sur, que terminan por hermanarse con los propios incas para llevar a cabo una venganza simbólica contra los españoles. Mediante la comparación entre el texto de Garcilaso y el de otros autores como Ercilla o Góngora Marmolejo, intentaremos marcar esta línea y ofrecer una nueva lectura sobre la actitud del autor cuzqueño con respecto al reino de Chile.

PALABRAS CLAVE: Chile, Inca Garcilaso de la Vega, Alonso de Ercilla, Alonso de Góngora Marmolejo, periferia.

ABSTRACT

This text aims to show an evolution of the concept of Chile throughout El Inca Garcilaso's *Comentarios reales*. The Chilean lands are usually considered a peripheral region, which merely works as a warlike

¹ Este artículo se inscribe dentro del proyecto de investigación I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad de España al que, bajo el título "En los bordes del archivo, I: escrituras periféricas en los virreinos de Indias" (FFI2015-63878-C2-1-P), pertenece su autora.

scene where the savage natives are opposed to the civilized Incas. However, we can trace a line that goes from Valdivia's death, told in the first part of the *Comentarios reales*, to García de Loyola's death, narrated in the second part; this line demonstrates a clear evolution in Garcilaso's thoughts regarding the Chilean inhabitants, who end up joining forces with the Incas to accomplish the final revenge against the Spaniards. Comparing Garcilaso's text with other chronicles like those of Ercilla and Góngora Marmolejo, I would like to offer a new perspective of Garcilaso's attitude toward Chile.

KEY WORDS: *Chile, Inca Garcilaso de la Vega, Alonso de Ercilla, Alonso de Góngora Marmolejo, periphery.*

Recibido: 17 de mayo de 2016.

Aceptado: 30 de agosto de 2016.

Chile, espejo de la derrota de dos pueblos conquistadores –incas y españoles–, constituye un punto de partida ideal para comprender algunas de las técnicas narrativas utilizadas por el Inca Garcilaso de la Vega en su historia del Perú. Es famoso el momento en que, en la primera parte de los *Comentarios reales* (libro VII, caps. XVIII-XXVI), al narrar la conquista de Chile por parte del Inca Yupanqui, Garcilaso renuncia a su escrupuloso respeto por el orden cronológico insertando ahí las expediciones de Diego de Almagro y Pedro de Valdivia. Si bien una parte de la crítica ha querido ver en este salto temporal el deseo de justificar la derrota de los incas mediante la similar derrota de los españoles, por otra parte esta explicación no resulta suficiente si tenemos en cuenta que el uso que hace el Inca de Chile a lo largo de las dos partes de los *Comentarios reales* trasciende la mera comparación entre las capacidades de ambos pueblos frente a la fiereza de los guerreros chilenos.

En este texto trataremos de sistematizar las menciones que Garcilaso dedica a las tierras chilenas, los momentos claves en los que se sirve del país del sur para confirmar, corroborar o confrontar hechos históricos y los posibles motivos que le llevan a ello. Para completar este análisis nos basaremos también en dos textos fundamentales de la historia de la conquista de Chile: *La Araucana*, de Ercilla, y la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, de Alonso de Góngora Marmolejo. El primer texto, leído y citado por el Inca en diversas ocasiones, constituye una de sus fuentes fundamentales; el segundo, probablemente no conocido por Garcilaso, nos servirá como versión complementaria para contraponer algunos episodios y ver qué posibles intereses perseguía el Inca a través de su narración.

Como hemos comentado, es en el libro VII de la primera parte de los *Comentarios reales* cuando Garcilaso se refiere a la historia de la conquista de Chile. En versión del autor cuzqueño, el imperio de los incas llegaba hasta Atacama, punto desde el cual el Inca Yupanqui organizó la invasión de las provincias del sur, desde Copayapu hasta el río Maule, lugar en el que se detienen por la resistencia de los nativos y que dejan como término del imperio. Existe una confusión, entre los cronistas de los siglos XVI-XVII, con respecto a la atribución de la empresa de la conquista de Chile a los

emperadores incas. Si bien en los primeros años de ocupación española no existía una certeza sobre el Inca concreto que había llevado a cabo la invasión del sur, sí hubo cierto acuerdo en que había tenido lugar “en un período no superior a 70 años de la llegada de los españoles” (León 98).

En realidad, tal y como expone León, es un error concebir la conquista de Chile como un evento singular llevado a cabo por un gobernante concreto, puesto que se trató más bien de un proceso lento y gradual a través del cual se fueron integrando distintas regiones. De manera que, a la llegada de los españoles, la zona septentrional se encontraba integrada al incanato, en tanto que el valle central estaba en proceso de transición. Existen dos causas principales que determinaron este tipo de conquista: por un lado la geografía, que obligaba a avanzar lentamente hacia el sur, y por otro lado la feroz resistencia que opusieron los habitantes nativos. Esta resistencia pronto se convierte en seña de identidad de los chilenos y por ello “la campaña de conquista de Chile emprendida por los incas, cualquiera que fuese su cronología, sus autores y su duración, fue vista por los cronistas coloniales como uno de los principales hitos en la historia del incanato” (León 103).

Más tarde, se va extendiendo la idea de que los límites fronterizos establecidos por la expansión hispana coincidían con aquellos impuestos por las conquistas incaicas, de manera que en los territorios que quedaban fuera de dichos límites dominaba “la barbarie, la crueldad y el canibalismo, y estaban constituidos por tierras pantanosas e insalubres, de climas insanos y bestias ponzoñosas” (Lorente 141). Me interesa trabajar con esta idea del límite y la periferia, en la medida en que se suele afirmar que, para Garcilaso, la tierra chilena actúa como paradigma de lo desconocido, lo salvaje, allí donde los conquistadores (incas o españoles) no alcanzan a imponer el orden civilizador. Sin embargo, vamos a ver que la mención a Chile en las dos partes de los *Comentarios reales* ofrece múltiples lecturas y, aunque podría parecer que se trata de episodios situados también en la periferia de la narración, esta región cumple un papel fundamental en la consecución de sus argumentos.

Antes de narrar la conquista de Chile, Garcilaso comenta, en el mismo libro VII (caps. XIV-XVII), el intento por parte de los incas de conquistar otros dos pueblos: los musus y los chiriguanas. La sucesión de estos capítulos ha sido interpretada como un ejemplo de contraste entre las conquistas llevadas a cabo por los incas y aquellas desarrolladas por los españoles. Tal y como lo ve Heid, en este libro se narran primero las tres conquistas ejemplares de los incas y después las tres fracasadas de los españoles. Garcilaso buscaría entonces exponer “el contraste irónico entre el ineficaz método español de conquista y su consiguiente fracaso, y el método ejemplar de los incas y su consiguiente éxito” (21). La conquista inca funcionaría, entonces, como un *exemplum*, un modelo ejemplar que contrasta con los reveses y fracasos sufridos por los españoles, quienes no representan las cualidades de prudencia, razón, liderazgo y habilidad, todas ellas típicas del hombre *civilizado*. De este modo, Heid afirma que

Garcilaso “invierte el paradigma de ‘civilizado/bárbaro’ para escribir una narrativa irónica de la conquista que termina en fracaso y autodestrucción” (21).

Esta idea de “hagiografía ejemplarizante” de las conquistas incaicas ha sido usualmente destacada por la crítica y es quizá en el libro VII de los *Comentarios* donde mejor se aprecia, por la narración sucesiva de las guerras incas y españolas, el uso que hace Garcilaso del *exemplum* como medio de censura de algunas prácticas españolas. Sin embargo, la conquista incaica de los pueblos chilenos al sur del río Maule no fue totalmente exitosa; como decíamos al comienzo, se ha querido ver la inserción de la conquista española de dicha región en esta parte de los *Comentarios* como un tipo de ‘justificación’, por parte de Garcilaso, de la ‘debilidad’ de los incas. Dicho de otra manera: el imperio inca no pudo dominar a estos pueblos chilenos a causa de su ferocidad, que queda probada por el hecho mismo de que los españoles tampoco fueran capaces de doblegarlos.

Más allá de esta comparación entre unos conquistadores y otros, Lorente establece una serie de características comunes en el conflicto bélico entre las tres naciones mencionadas (musus, chiriguanas, araucanos/chilenos) y los españoles:

[...] el carácter indómito y la extremada belicosidad de estos pueblos en el imaginario hispano, que los diferenciaba del resto de los indígenas de América; la ausencia de un gobierno bien definido, contra el que orientar las acciones guerreras de los españoles; la creencia general de que sus prisioneros eran objeto de dolorosas torturas y de rituales caníbales; la rápida incorporación del caballo y de las armas españolas en sus tácticas guerreras; y, lo que es más importante aún, la inexistencia (o el rápido agotamiento) en sus tierras de yacimientos auríferos o argentíferos que hubieran interesado a grandes masas de pobladores hispanos (142-43).

A estas características creo conveniente añadir, en el caso de las tierras chilenas, la señalada por León con respecto a los problemas de expansión con los que ya se habían encontrado los incas: la geografía, que se convierte, en todas las crónicas coloniales, en un personaje más. Esta geografía actúa además como representación de la fiereza de sus habitantes; recordemos el comienzo de la crónica de Góngora Marmolejo: “Es el reino de Chile y la tierra de la manera de una vaina d’espada angosta y larga” (cap. I). La comparación con la espada marca ese “carácter casi exclusivo de escenario épico-bélico que tiene el territorio de Chile” (Donoso, ed. Marmolejo 93, n. 121). A la idea de región *periférica* me gustaría ahora añadir este carácter escénico que se otorga de manera recurrente a las tierras chilenas. Se trata de un *escenario* en el que tienen lugar algunos de los episodios más famosos de la conquista española, episodios que, quizá por influencia de Ercilla, tienden a narrarse mediante un discurso épico-heroico. Este eje periferia-escenario-épica es el que va a marcar el acercamiento del Inca Garcilaso a las tierras del sur.

En la mención más extensa a Chile que encontramos en los *Comentarios reales* tenemos entonces dos elementos importantes: por un lado la sucesión narrativa entre tres conquistas incas de pueblos especialmente belicosos, es decir, Chile se sitúa en el contexto de otros dos pueblos resistentes a la dominación; y, por otro, la imposibilidad de estas conquistas con la que también se encuentran los españoles. Más allá del obvio paralelismo entre formas de conquista (inca y española), conviene detenerse en dos puntos principales: por qué Garcilaso introduce en este momento la crónica de la expansión hispana (que cronológicamente debería situarse en la *Historia general del Perú*) y cuál es la versión que da de la misma (en especial, de la campaña llevada a cabo por Valdivia y la narración de su muerte).

Con respecto al primer punto, observemos la explicación que da Garcilaso:

[...] y hela antepuesto de su tiempo y lugar, y por haber sido un caso de los más notables que en todas las Indias han acaecido; y también lo hice porque no sé si se ofrecerá ocasión de volver a hablar más en Chile, y también porque temo no poder llegar al fin de carrera tan larga, como sería contar la conquista que los españoles hicieron de aquel reino (*CCRR*, libro VII, cap. XXIV)².

Según este fragmento, la relación de la conquista de Chile por parte de los españoles no es una prioridad dentro del proyecto general de su obra (vuelvo a la idea de región periférica, no solo geográfica, sino también en el plano narrativo), pero paradójicamente la crónica de los hechos llevados a cabo por Valdivia, y su propia muerte, constituyen “uno de los más notables que en todas las Indias han acaecido” (*CCRR*, libro VII, cap. XXIV) (observemos aquí el marco épico-heroico del episodio). Más adelante, en la segunda parte de los *Comentarios reales*, Garcilaso volverá a explicar la razón por la que adelantó dicho episodio, al mencionar la “prosperidad y abundancia de las riquezas” (*CCRR*, libro VII, cap. XXIV) que el presidente La Gasca otorgó a Pedro de Valdivia entregándole la gobernación de Chile. Riquezas que, por cierto,

[...] causaron su muerte y la de otros ciento y cincuenta caballeros españoles que con él murieron, como lo dijimos en la primera parte, en la vida del gran Inca Yupanqui, donde adelantamos la muerte de Pedro de Valdivia, por haber sido cosa tan digna de memoria y porque no habíamos de escribir los sucesos de aquel reino (*HGP*, libro VI, cap. V).

Aquí, ya de manera explícita, Garcilaso afirma la necesidad de narrar la muerte de Valdivia, restando importancia a los sucesos del reino de Chile. Quizá lo más fácil

² En adelante, utilizaremos la abreviatura *CCRR* para las citas de la primera parte de los *Comentarios reales* (1609) y *HGP* para la segunda parte (1616-1617).

sería convenir que este reino, por no haberse sometido al imperio inca, no interesa en la narración de Garcilaso. Sin embargo, estas tierras periféricas cumplirán un papel fundamental como “escenario épico de una lucha máximamente heroica”, en palabras de Invernizzi (“La representación” 21). La presencia de Pedro de Valdivia en los *Comentarios reales* nos sirve para enlazar con el segundo punto antes mencionado: la versión de los hechos, que Lorente define como “esencialmente ciertos” (142), si bien la narración de la muerte de Valdivia y el tratamiento de este personaje en general por parte del Inca exige que lo observemos con algo más de atención.

El interés que Garcilaso muestra por Pedro de Valdivia en las dos partes de los *Comentarios reales* es bastante confuso. Teniendo en cuenta que se trata de uno de los capitanes más polémicos, que decidió lanzarse a la conquista de Chile sin apenas recursos, que participó como protagonista en la toma del Cuzco por parte de La Gasca y que tuvo varios problemas con la justicia, sorprende la distancia con que el Inca trata su figura, en especial en la segunda parte de los *Comentarios*. Daría la impresión de que busca restarle heroicidad, convertirlo, como la región a la que dedicó su vida, en un *conquistador periférico*. El hecho mismo de que incluya su muerte en la primera parte de los *Comentarios* contribuye a apartarlo del centro de la narración en el contexto que le correspondería, si bien el rigor con que trata este episodio es el característico de nuestro autor.

Como afirma Calderón, “pocas muertes famosas tienen tantas versiones como la de Valdivia” (215). Efectivamente, ya en época de Garcilaso circulaban varias leyendas que él mismo comenta:

Unos dijeron que lo había muerto Lautaro, su propio criado, hallándole atado a un palo [...]. Otros dijeron, y esto fue lo más cierto, que un capitán viejo lo había muerto con una porra [...]. Otros dijeron de esta muerte, y uno de ellos fue un español natural de Trujillo que se decía Francisco de Rieros [...] y dijo que la noche siguiente a la victoria la habían gastado los indios en grandes fiestas y danzas y bailes solemnizando su hazaña, y que a cada baile cortaban un pedazo de Pedro de Valdivia y otro del clérigo que tenían atado cabe a él y que los asaban delante de ellos mismos y se los comían (*CCRR*, libro VII, cap. XXIV).

Calderón hace notar que en estas tres variantes de la muerte de Valdivia encontramos ecos de las versiones ofrecidas por los tres cronistas que habían narrado el hecho con anterioridad: Jerónimo de Bibar (para quien un indio llamado Teopolicán, bajo las órdenes de Lautaro, mató a Valdivia con una lanza), Alonso de Ercilla (no menciona a Lautaro y atribuye la muerte a un indio llamado Leocato, que lo mató con un leño) y Góngora Marmolejo (ofrece por primera vez la versión en la que los indios atan a Valdivia y le van arrancando pedazos de los brazos “con una cáscara de almeja de la mar” (cap. XIV)). En lo relativo a las fuentes, Bibar y Ercilla coinciden en que fueron unos indios supervivientes, fieles a Valdivia, quienes contaron la muerte que

le acaeció; Marmolejo, sin embargo, habla de un cacique indígena cristianizado, que escapó disfrazado de indio de guerra, quien le contó directamente la historia.

El Inca Garcilaso, por su parte, menciona diversas fuentes: tanto en la versión en la que es Lautaro quien le mata, como en la que es el capitán indio viejo quien lo hace, la fuente serían unos “indios que escaparon de la batalla”, aunque, según el autor, “no pudieron dar razón de ella, porque no la vieron” (*CCRR*, libro VII, cap. XXIV). Por último, la versión más cruel, la que narra el episodio de canibalismo, es atribuida a un español, Francisco de Rieros. En palabras del Inca, los indios se lo comieron “no porque acostumbrasen a comer carne humana, que nunca la comieron aquellos indios, sino por mostrar la rabia que contra él tenían, por los grandes trabajos y muchas batallas y muertes que les había causado” (*CCRR*, libro VII, cap. XXIV). Garcilaso está siendo entonces fiel a las versiones que ya circulaban, pero, como ha explicado Lorente, va intercalando sus propios juicios y *seleccionando* las noticias “que le parecen más congruentes con su discurso” (150), como lo demuestra el hecho de que mencione una fuente española, por primera vez en la tradición cronística de la muerte de Valdivia, y precisamente para narrar uno de los episodios más sangrientos de torturas a conquistadores por parte de nativos americanos.

Tanto el Inca como Marmolejo y Ercilla alabaron la valentía de este guerrero, pero todos destacan también su avaricia. De hecho, para Góngora Marmolejo la codicia y ambición de Valdivia “son determinantes no solo de su muerte en manos de los araucanos, sino de las posteriores pérdidas de lo conquistado y colonizado que sufre el reino” (Invernizzi, “¿Ilustres hazañas?” 14). Valdivia es representado como el paradigma de conquistador loable, que poco a poco va perdiendo su virtud a causa de la ambición; en él vemos esa “relación directamente proporcional entre el crecimiento de la riqueza y la codicia” destacada por Bernal (557). Calderón ha señalado que fue Ercilla quien creó esta imagen, que luego se impuso a muchos de los cronistas posteriores, de un Valdivia “tan malvado como inverosímil, que nada tiene que ver con el Valdivia de sus cartas o con el conquistador vital y generoso de Jerónimo de Bibar” (Calderón 222). En realidad, Ercilla crea e impone muchos de los lugares comunes que se repetirán luego en tantas crónicas sobre Chile: la personalidad de Valdivia, la geografía imposible, la ferocidad de los indígenas, los episodios heroicos, entre otros. En el caso de Garcilaso, podríamos pensar también que Valdivia funciona como figura paradigmática del *desplazamiento*, cronológico y narrativo, que este autor da a las tierras chilenas. Más adelante retomaremos esta idea.

El Inca se basa en Ercilla para narrar varios momentos de la conquista de Chile. Autores como Adorno y Bernal han señalado que incluso sigue el mismo orden de los acontecimientos: una primera introducción a la labor realizada por los incas, la breve mención a Almagro y su primera expedición al sur y finalmente la historia de Pedro de Valdivia. Según Bernal, mientras que Ercilla alaba la actitud de Almagro, el Inca enfatiza las guerras civiles y no encumbra especialmente su labor (554-55). Cabría

preguntarse por qué no dedica más espacio a Diego de Almagro y decide centrar la atención en Valdivia, volviendo a la idea de Lorente sobre la selección de los episodios, el punto de vista que Garcilaso imprime a su obra y los intereses dobles que encontramos. Incluso en un momento en el que, siguiendo a Zárate, el Inca habla de Valdivia y Carvajal, comenta: “hasta aquí es de Agustín de Zárate, el cual, loando a Pedro de Valdivia, loa mucho más a Francisco de Carvajal y con mucha razón, porque en la milicia fue eminentísimo sobre todos cuantos han pasado al Nuevo Mundo” (*HGP*, libro V, cap. XXIX). Por alguna razón, Garcilaso toma siempre distancia de Valdivia, no le interesa especialmente destacar sus hazañas, como se ve de manera más patente en la segunda parte de los *Comentarios*.

Valdivia funciona en muchos momentos como una “excusa” para narrar *otra cosa*: en el caso de su muerte no se trata tanto de reivindicar la labor de este guerrero, sino de destacar la fiereza de sus enemigos, a quienes ni siquiera los incas habían podido doblegar. La falta de supervivientes, la noticia de que “a Pedro de Valdivia y a ciento y cincuenta lanzas que con él iban se los tragó la tierra” (*CCRR*, libro VII, cap. XXI), le sirven a Garcilaso para mantener la tensión narrativa y ofrecer una visión lúgubre, peligrosa y bárbara de las tierras chilenas, que se ve perfectamente sintetizada en el episodio de su muerte. Esta historia funciona como medio para describir las dificultades con las que se encontraron los conquistadores, esa conquista de Chile como un “esfuerzo sobrehumano por persistir”, en palabras de Esteve Barba (XXVII). Definir la realidad chilena “por la belicosidad de su gente” constituía ya un lugar común del que echaron mano también otros autores como Góngora Marmolejo, para quien esta tierra “se define esencialmente como ‘enemiga de españoles y de toda gente extranjera’” (Invernizzi, “La representación” 21).

Para narrar la muerte de Valdivia, Garcilaso incluso utiliza casi las palabras exactas de Ercilla: donde este decía “cortando el hilo próspero del hado” (*La Araucana*, I, II, 92), aquel escribe “cortándole el hilo de la vida” (*HGP*, libro VI, cap. V). Bernal llega a afirmar que el Inca “leyó, adaptó e incluyó los tres primeros cantos de la parte I de *La Araucana* en el libro VII de sus *Comentarios reales*” (562). También Adorno ha insistido en que más que una lectura, el Inca hace una “re-escritura o glosa” de Ercilla, cuyo poema épico “provee a veces la estructura narrativa del texto del Inca al tratar los acontecimientos en Chile” (282). También en el episodio de la arenga de Lautaro encontramos este tipo de similitudes.

La fidelidad que Garcilaso guarda con Ercilla no tendría por qué sorprender si no fuera por el modo en que el Inca menospreciaba el género épico. Es conocido el fragmento en el que, al contar la entrada de García Hurtado de Mendoza en Chile, se refiere a las historias escritas en verso por “los poetas de aquellos tiempos, que fuera mejor escribirlas en prosa, porque fuera historia y no poesía, y se les diera más crédito” (*HGP*, libro VIII, cap. XIII). Si bien da a entender que, por estar escrita en verso, una historia como *La Araucana* ve reducida su credibilidad, como estamos viendo, el

Inca sigue esta obra fielmente para narrar algunos de los episodios situados en tierras chilenas. Pero no solo encontramos estos paralelismos en episodios concretos de ambos textos, sino que a nivel general existen también similitudes ideológicas y evoluciones del pensamiento, como la perspectiva con que se tratan las guerras y algunas de las conclusiones morales que se sacan de ellas.

Invernizzi habla de un *cambio* en la conciencia del narrador en *La Araucana*. A partir del canto XXIII de la segunda parte, pareciera que Ercilla muestra algunas dudas sobre la legitimidad de la guerra. El tono épico y la gesta heroica dan paso al desengaño y se percibe “un proceso de deterioro del mundo imperial, de tránsito entre la grandeza y la declinación, generado en el desvío y transgresión de los principios, valores y normas cristianos que sustentan el Imperio” (“La representación” 24).

Aunque Garcilaso tenía su propia interpretación de la conquista y defendía la evangelización como fin último y legitimador de la misma, en su narración de la segunda parte de los *Comentarios* se percibe un cierto cambio de perspectiva, a raíz de la muerte del último Inca, como vamos a tratar de mostrar. No es casual que Garcilaso mencione directamente a Ercilla cuando narra la injusta condena que recibe el Inca Tupac Amaru por parte del virrey Francisco de Toledo:

Luego cortaron la cabeza al Inca, el cual recibió aquella pena y tormento con el valor y grandeza de ánimo que los incas y todos los indios nobles suelen recibir cualquiera inhumanidad y crueldad que les hagan, como se habrá visto algunas en nuestra historia de *La Florida* y en esta, y otras en las guerras que en Chile han tenido y tienen los indios araucos con los españoles, según lo han escrito en verso los autores de aquellos hechos (*HGP*, libro VIII, cap. XIX).

¿Por qué Garcilaso cita, en este contexto, a Ercilla, esa obra de la que lamentaba que estuviera escrita en verso? Sin duda la visión de la nobleza del Inca Tupac Amaru contrasta con la codicia, soberbia y otros vicios que van caracterizando más y más a los conquistadores españoles. Esa “falta de misericordia, crueldad, rigor desmesurado en los actos y conductas de los soldados españoles” encuentra su contrapartida, tanto en Ercilla como en Garcilaso, en las “nobles acciones” indígenas (Invernizzi, “La representación” 23). El episodio de la muerte de Valdivia, narrado en la primera parte, puede leerse en relación al episodio de la muerte de García de Loyola, comentado al final de la segunda parte: ambas muertes nos llevan a las tierras chilenas como escenario en el que sucedieron algunos de los hechos más ‘notables’ de la conquista, escenario aparentemente periférico que se convierte en medio ideal para problematizar las acciones de los españoles.

Por otra parte, es interesante mencionar aquí a otro de los cronistas más citados en la segunda parte de los *Comentarios reales*: Diego Fernández, el Palentino. Para comentar muchos de los episodios sobre Chile, el Inca acude al Palentino, a quien cita literalmente cuando narra una de las acciones más deplorables de Valdivia: el

momento en el que huye de Chile con los barcos cargados del oro de los conquistadores. Garcilaso ofrece un breve juicio de valor sobre esta hazaña, “semejante a otras que hoy se usan en el mundo, a que los ministros del demonio dan color con la nueva enseñanza que han inventado, llamada razón de estado” (*HGP*, libro V, cap. XXIX). Precisamente este episodio origina un breve proceso judicial contra Valdivia, que el Inca comenta porque son sucesos ocurridos en el Perú, justificándose de nuevo por incluir el tema chileno en su narración, pero de nuevo lo hace siguiendo al Palentino.

En este caso, Diego Fernández presenta el juicio como un episodio totalmente corrupto, en el que el presidente La Gasca comprendía que “si condenaba a Valdivia, desviábale su viaje, que para los negocios del Perú le parecía grande inconveniente por la gente baldía que con él iba” (*HGP*, libro VI, cap. V). Esta “gente baldía” eran quienes habían sido desterrados del Perú o condenados a galeras por culpables de la rebelión de Gonzalo Pizarro. En definitiva, Valdivia se estaba llevando a Chile a los conquistadores rebeldes y La Gasca quería por encima de todo librarse de ellos. Siguiendo al Palentino, Garcilaso presenta por un lado la corrupción de lo que él mismo denomina “razón de estado” y, de manera paralela, ofrece un cuadro bastante explícito del tipo de soldados que se estaba yendo a la conquista de las tierras del sur. La periferia del imperio, lugar caracterizado por la barbarie y el desorden, por una geografía inmanejable, recibe a su vez a esos *conquistadores periféricos*, un grupo de soldados ambiciosos y rebeldes que viajan al sur como única opción de redimirse.

Esta imagen de los soldados que acompañaron a Valdivia contrasta fuertemente con otro grupo de soldados “principales”, el enviado por el virrey marqués de Cañete con su hijo, a quien nombró gobernador de Chile en 1557. Según Garcilaso, “don García de Mendoza fue a su gobernación y llevó mucha gente muy lucida”, aunque los resultados con los indígenas de la zona fueron prácticamente los mismos: “a pocas jornadas que hubo entrado, le armaron los indios una brava emboscada”, que supuso grandes pérdidas para los españoles (*HGP*, libro VIII, cap. XIII). El Palentino menciona la gran inversión que realizó el virrey para la expedición de su hijo, “de que hubo murmuración”, pero añade que también quiso “dar entradas, con intento que la gente baldía y sin oficio se remediase, y los que de su voluntad no iban, mandábalos aperebir para ello, y si lo rehusaban, los enviaba a España” (Fernández, 2ª parte, libro III, cap. II). Es decir, que también en esta expedición encontramos ese perfil de soldado “periférico”; quizá, para Garcilaso, el hecho mismo de que a Chile se fuera este sector de desgraciados, constituye el argumento ideal para destacar la nobleza y valentía creciente de los araucanos. Si los grandes e ilustres incas no pudieron doblegarlos, ¿cómo podría hacerlo este grupo de soldados innobles?

Góngora Marmolejo presenta al nuevo gobernador de Chile “tan altivo como no tenía mayor ni igual” (cap. XXIV), un don García prepotente que se atreve a afirmar que “en Chile no hallaba cuatro hombres que se les conociese padre” (cap. XXVII), en clara alusión a la baja estirpe de los soldados que allí había. Lo cierto es que la idea de

este grupo de soldados bastardos, rebeldes, casi reclusos que fueron a la conquista de Chile era generalizada, a pesar de que “se ha demostrado documentalmente que casi un tercio de los 150 hombres que llegaron a Chile con Valdivia en 1540 eran hidalgos o caballeros” (Donoso, ed. Góngora Marmolejo 257, n. 1357).

De las enemistades que García de Mendoza se granjeó entre sus soldados, en las que Góngora insiste bastante, el Inca no hace mención, porque, como él mismo afirma tras narrar brevemente su llegada a Chile, de estos sucesos “no diremos más que la muerte de Loyola, porque no son de nuestra historia” (*HGP*, libro VIII, cap. XIII). Sin embargo, sí alude a los rumores sobre la cobardía del gobernador, quien, al enterarse de la muerte de su padre, salió con tanta prisa de Chile que se decía que “más había sido por huir de los araucos, que le habían asombrado, que no por acudir a la muerte de su padre ni a sus negocios y que con la misma prisa había salido del Perú, por no verse en jurisdicción ajena” (*HGP*, libro VIII, cap. XV). Si tenemos en cuenta que Góngora Marmolejo, soldado que vivió en primera persona la conquista de Chile, no menciona nada de esta salida apresurada de Mendoza, podríamos preguntarnos por qué parece que ningún gobernador chileno pasara el filtro del Inca.

En todo caso, nos interesa aquí el hecho de que Garcilaso se desvíe de su terreno “peruano” para narrar una última muerte “chilena”, la de Martín García de Loyola, que funciona como broche final de las alusiones del Inca a tierras chilenas, siendo además el último episodio narrado en la segunda parte de los *Comentarios*. Por otra parte, el desvío no es tal, puesto que precisamente Chile funciona como escenario en el que los incas se permiten su venganza final contra los españoles. Si la muerte de Valdivia servía, en la primera parte de los *Comentarios*, como puerta de entrada al reino de Chile, a su geografía imposible y a sus gentes bárbaras, la muerte de García de Loyola, narrada al final de la segunda parte, sitúa este escenario periférico en el centro de la acción, con el brazo de la fortuna ejecutando la justicia divina.

Este personaje aparece cuando Garcilaso narra el nombramiento de Francisco de Toledo como virrey del Perú y la decisión de este de luchar contra el príncipe heredero de los incas, Tupac Amaru. Para esta jornada, el virrey Toledo envía a Martín García de Loyola, que “años atrás en ocasiones grandes había hecho muchos servicios a Su Majestad”, como por ejemplo ir a socorrer a los españoles en el reino de Chile, “donde los araucos [les] traían muy apretados” (*HGP*, libro VIII, cap. XVI). Como es sabido, Tupac Amaru se entrega a García de Loyola y es sometido a juicio en la ciudad de Cuzco, donde Toledo manda que le corten la cabeza. Garcilaso insiste en la inocencia del último príncipe heredero y en la injusticia de las acusaciones que se lanzaron contra él: “Di que me matan porque el visorrey lo quiere, y no por mis delitos, que no he hecho ninguno contra él ni contra el rey de Castilla” dice Tupac Amaru en el camino al cadalso (*HGP*, libro VIII, cap. XIX). Después de narrar el trágico final del inca, Garcilaso comenta el de García de Loyola. En remuneración por los servicios prestados, Loyola viaja al reino de Chile como capitán general, donde gobierna

“algunos meses y años con mucha prudencia” (cap. XIX) hasta que, una noche en que se encontraba visitando los presidios en la frontera de los indios rebeldes, el grupo de españoles con el que estaba sufrió una emboscada:

Los indios araucos y los de otras provincias comarcanas a ellos, de los que están rebelados (que fueron vasallos de los incas) venida la noche fueron algunos de ellos como espías [...] y con todo el silencio posible entraron en el alojamiento de los españoles y, hallándolos dormidos, desnudos en camisa, los degollaron todos [...].

Este fin tuvo el gobernador Martín García Loyola, que dio harta lástima en el reino de Chile y ocasión en todo el Perú a que indios y españoles hablasen de su fallecimiento y dijesen que la fortuna había encaminado y ordenado sus hechos y negocios, de manera que los vasallos del príncipe que él prendió lo matasen en venganza de la muerte que a su inca dieron (*HGP*, libro VIII, cap. XX).

Imposible no reparar aquí en ese breve paréntesis que presenta a esos “indios rebelados” como “vasallos de los incas”. En este relato de Garcilaso la muerte de García de Loyola no constituye una más, no sucede por casualidad y no es llevada a cabo por cualquier indio rebelde. Se trata de los araucanos, a los que se suman otros rebeldes que sí habían sido vasallos de los incas: en el momento final, el Inca sitúa al mismo nivel a esos indígenas bárbaros de las regiones periféricas, que poco a poco habían ganado en nobleza y valentía, con los incas rebeldes que no se doblegaron al yugo español.

Según Invernizzi, Ercilla se convierte de “soldado, actor y testigo de la historia, en el poeta que, al narrarla, la interpreta descubriendo su sentido en un discurso que es también proceso de tránsito entre confusas y erróneas apariencias y verdades esenciales” (“La representación” 25). De una manera similar, Garcilaso, al narrar la historia, la interpreta y va descubriendo también su sentido. Daría la impresión de que en un principio se vale de las tierras chilenas como excusa para mostrar otras cosas, pero finalmente esa periferia le permite hacer su gran concesión a la venganza que los herederos de los incas, con ayuda de aquellos “periféricos” chilenos, realizan contra los conquistadores españoles. Los araucanos, que en un principio representaban a los bárbaros y salvajes, los que no pudieron doblegarse, se convierten al final de la *Historia general del Perú* en indios nobles que, como Tupac Amaru en el momento de su muerte, reciben “cualquiera inhumanidad y crueldad” con “el valor y grandeza de ánimo que los incas y todos los indios nobles suelen recibir” (*HGP*, libro VIII, cap. XIX).

De este modo, el escenario periférico chileno cobra una importancia inusitada en el plan narrativo de los *Comentarios reales*, en tanto que, continuando con la representación de Chile como la periferia de la conquista, allá donde van los conquistadores también periféricos, funciona igualmente como escenario final de la gran venganza de los incas. La construcción que Ercilla ofrece es retomada por Garcilaso, que la utiliza

a su favor y la convierte en protagonista. En esta representación del escenario chileno también podemos rastrear el mecanismo que Invernizzi atribuye a la crónica de Marmolejo: aquel que insiste en desmitificar la gloria y grandeza heroicas, trasladándolas a un plano humano, “donde el verdadero heroísmo no se define en el acto bélico y su éxito, sino en resistir y sobreponerse a la máxima limitación, necesidad y adversidad” (“¿Ilustres hazañas?” 15). La venganza final de los incas contra los españoles no es descrita por Garcilaso como una heroica guerra o como una hazaña grandiosa, sino que se lleva a cabo en la noche, en silencio, cuando los españoles duermen y los indígenas se lanzan tristemente sobre ellos. Una muerte funesta que no engrandece ni a los verdugos ni a las víctimas, sino que pone en evidencia la “contradictoria variedad de lo humano y en básica inestabilidad, precariedad y fragilidad de realidad en proceso de transformación que no logra todavía alcanzar metas y resultados definitivos” (“Los trabajos” 13). Por ello, Invernizzi ofrece lecturas de algunas crónicas chilenas como *discursos del fracaso*, retomando la idea de Beatriz Pastor, que construyen una imagen desmitificada de la conquista, de sus agentes y de la realidad que allí encontraron:

Pero esos elementos portadores de los signos del fracaso que reducen el sentido heroico de la imagen del reino, de los conquistadores y de la empresa de conquista de Chile son los que contribuyen a humanizarla al atraer dimensiones y valores que la hazaña, concebida solo como señalado y triunfante hecho bélico, no contempla (“Los trabajos” 15).

Como hemos visto, y siguiendo a Adorno, “el tema de Chile no es ni casual ni secundario sino que constituye un hilo narrativo paralelo e íntimamente relacionado al del Perú a lo largo de la primera y segunda partes” (282) de los *Comentarios reales*. No solamente porque este relato le permite comparar los intentos de conquista de la región chilena por parte de los incas primero y de los españoles después, sino porque detectamos una evolución de su propia actitud con respecto a estos pueblos, en los que proyecta una idea de “amor a la patria” que los humaniza y ennoblece. Este escenario periférico se convierte en el mejor lugar para castigar los ruines actos de los españoles y loar la valentía de los pueblos rebeldes, quienes no querían doblegarse ante estos conquistadores que no merecían las riquezas de aquellos reinos. Incluso, al final de la segunda parte, el Inca lamenta no poder escribir más sobre el reino de Chile por no tener acceso a “relaciones enteras” que le permitan narrar otros episodios:

Los que quisieren escribir los sucesos de aquel reino tienen bien que decir según la guerra tan larga que en él ha habido entre indios y españoles de cincuenta y ocho años a esta parte que ha que se rebelaron los indios araucos [...]. Que holgara yo tener la relación entera de estos hechos y de otros tan grandes y mayores que en aquel reino belicoso han pasado para ponerlos en mi historia. Pero donde ha habido tanta bravosidad de armas no faltará la suavidad y belleza

de las letras de sus propios hijos, para que en tiempos venideros florezcan en todo aquel famoso reino, como yo lo espero en la Divina Majestad (*HGP*, libro VIII, cap. XIII).

Según explica Adorno al mencionar esta cita, el amor a la patria que el Inca Garcilaso promueve no tiene tanto que ver con “una posible lucha de la libertad del pueblo, a través de las armas, sino por el deseado triunfo de sus hijos, en el terreno de las letras” (282). Al fin y al cabo, el terreno en el que él mismo estaba luchando.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Rolena. “Chile en los *Comentarios reales* (Londres, 1625)”. *Renacimiento mestizo: los 400 años de los Comentarios reales*. Ed. José Antonio Mazzotti. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2010. 275-287.
- Bernal, Alfredo Alejandro. “*La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga y *Comentarios reales de los Incas* del Inca Garcilaso de la Vega”. *Revista Iberoamericana* XLVIII (1982): 549-562.
- Calderón de Puelles, Mariana. “Relatos de una muerte. La muerte de Valdivia en la historiografía chilena de los siglos XVI y XVII”. *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada* 9 (2003): 215-224.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. 1569. Ed. Isaiás Lerner. Madrid: Cátedra, 2009.
- Esteve Barba, Francisco. “Estudio preliminar”. *Crónicas del reino de Chile*. Madrid: BAE, 1960. X-XXXVIII.
- Fernández, Diego, el Palentino. *Primera y segunda parte de la historia del Perú*. Sevilla: en casa de Hernando Díaz, 1571.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Primera parte de los Comentarios reales*. Lisboa: en la oficina de Pedro Crasbeeck, 1609.
- . *Historia general del Perú*. Córdoba: por la viuda de Andrés de Barrera, 1616-1617.
- Góngora Marmolejo, Alonso de. *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*. Ed. Miguel Donoso Rodríguez. Santiago de Chile: Universitaria, 2015.
- Heid, Patricia. “Una lección sobre como *no* conquistar: *exempla* irónicos en los *Comentarios reales de los Incas*”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 24/49 (1999): 11-26.
- Invernizzi, Lucía. “‘Los trabajos de la guerra’ y ‘Los trabajos del hambre’: dos ejes del discurso narrativo de la Conquista de Chile (Valdivia, Vivar, Góngora Marmolejo)”. *Revista Chilena de Literatura* 36 (1990): 7-15.
- . “¿Ilustres hazañas? ¿Trabajos e infortunios? La *Historia de Chile* de Góngora Marmolejo”. *Revista Chilena de Literatura* 33 (1989): 7-22.
- . “La representación de la tierra de Chile en cinco textos de los siglos XVI y XVII”. *Revista Chilena de Literatura* 23 (1984): 5-37.

- León, Leonardo. “Expansión inca y resistencia indígena en Chile, 1470-1536”. *Chungará. Revista de Antropología Chilena* 10 (marzo 1983): 95-115.
- Lorente Medina, Antonio. “El Inca Garcilaso y los ‘Flandes Indianos’”. *Renacimiento mestizo: los 400 años de los Comentarios reales*. Ed. José Antonio Mazzotti. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2010. 141-156.
- Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas, 1983.

